

LOS CHEJES Y SU LETANÍA

POR ANA MARÍA NAVALES

Allí estaban como chejes sueltos de la cadena, rota a hachazos sin miramiento. Tiosos, sin moverse, los ojos fijos en los camiones que llevaban horas pasando. Allí el ñeque, el chiquito hecho chiringos de dolor, el de los bigotes, sin apenas arrequives, masticando abacá, el negro pelón, descalzo y sin bicicleta, la moza del moño zorongo, la del traje estampado de flores tropicales, el pequeño zopo. Todos, allí, clavados en el suelo, adivinando las armas tras las lonas que las cubren. Esperando molete.

Está el campo seco. Queman los hierbajos, las raíces. El humo y el polvo se mezclan y llegan a la sierra arrastrados por el viento ardoroso. Los cauces de los ríos sirven de camino. En la noche, las quemas traen fulgores de infierno, comienzo de incendio. Arrasar, roturar, algo renacerá de la combustión, del cenizal. Pasan tipulas como avioncitos, sólo que éstos sí dañan a hombres y animales. Tienen agujijones de bombas.

Los chejes, aquí y allá, tienen sonido de letanía.

Ciprés viviente

mi amigo fue perseguido con reflectores, ametralladoras Rising, perros, radios, y todos los que manejaban las luces, las balas, los ladridos, las emisiones.

Oráculo exaltado

mi amigo fue acusado. Le llegaron las alucinaciones, los recuerdos y visiones golpeando su cerebro.

Ira vital

mi amigo gritó, aulló. Los alaridos retumbaban en este campo reseco. Era una procesión de voces tristes.

Cuerpo doliente

mi amigo a grito herido. Agujas en los ojos, maquinitas en los pies, temblores de parte a parte y de norte a sur.

Zafiro quebrado

mi amigo fue subido al monte. Estaba blanco. No era un galán de un metro ochenta, pero, en ocasiones, sabía hacer el pícaro. Hasta creyó una vez arriba si habría nacido espartano.

Gas letal

mi amigo hacía tiempo se había pronunciado contra la pena de muerte. Tenía en las paredes de su cuarto un poster con los nombres de los estados que la habían abolido. Y un día le explotó una botella de butano.

Murciélago diurno

mi amigo lo veía revoloteando en los autobuses, jugando con sus alas entre los chistes de la gente, amenazando en las reuniones de más de tres personas.

Humana amargura

mi amigo...

Eterno llanto

musita el de la sudorosa camisa.

Pájaro taciturno

se oye al que emite en la radio clandestina.

Aguda locura

añade el del vacío cerebro con repiqueteos monocordes.

Gozoso espanto

se estremece la esposa sin tranquilidad en la noche.

Truncada alegría

piensan los niños a los que un disparo cortó el hilo de la cometa.

Lento huracán

remueve el polvo, las cenizas, las briznas secas.

Fuego apagado

es la consigna del que terminó su quema.

Viva melancolía

siente la madre y la madre de la madre del guerrillero.

Buen ganapán

gritan todos al que espera sentado la estación de las lluvias.

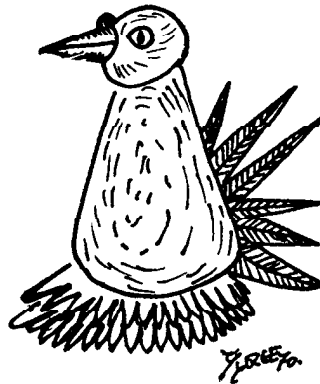
Monstruo sagrado

es el aliento que les mantiene en pie junto a sus campos con los árboles hechos raíces y las raíces harina de la tierra.

Todos callan. El ñeque no cree que mi amigo haya muerto. Desconocido amigo incluso para el chele y el telegrafista anónimo, para el que se alegraba de la cultura del pueblo con bibliotecas en las fábricas, en los barcos pesqueros, en los estantes de los prostíbulos, libros entre el aguardiente y la tierra ardiente, libros en las celdas, en los más estrechos lugares. Libros en todas partes, menos entre la camisa y la piel para el disparo, entre el ojo y la aguja para la tortura, entre la muti-

lación y los objetos cortantes, entre las ruedas de los camiones que pasan y el asfalto de las calles donde los chejes quedaron clavados. Sin moverse.

Mi amigo ha muerto. No se preocupen. Quedan más caras blancas, rejas, más gritos, más sombras de la sombra de un cuerpo maltrecho. Más, digamos nombres, que no recogerá la historia. Entiérrenlo entre los terrones, el sol calcinará sus huesos. Esperen un poco, para las lluvias ya se habrá hecho hierba. Aquella vaquita se lo rumiará con gula. Tal vez, luego, se la coma el chele, el pelaito o cualquier otro. Quizá se la repartan entre todos ustedes. Ahí, tan quietos, tan con sus palabras, con el asombro de ver pasar los camiones. Zopilotes, renazcan su pueblo, por pequeño que sea, que también se lo comen.



I EN MADRID

Me senté al otro lado de la mesa, precisamente frente a aquella persona de sonrisa amable, de mirada amable y de gestos amables.

—*Hola, Camacho. Encantado de saludarte. Me han hablado de tí y tenía deseos de conocerte —me dijo.*

—*Gracias— le contesté conmovido.*

—*¿Trues la obra del premio nacional?*

—*Sí.— Y le alargué el libreto mecanografiado a dos espacios y por una sola cara.*

—*Estupendo... estupendo... estupendo...— repetía mientras lo hojeaba distraídamente.— Escucha: se me ha ocurrido de pronto que podrían hacerte una entrevista en los estudios “Tal”...*

Yo la miré perplejo.

—*¿A mí... y aquí, en Madrid?*

—*¡Claro! Espera.— Y llamó por teléfono.— ¿Fulanito? ¿Cómo te va? Bla... bla... bla... bla... Bueno, el caso es que te llamaba, porque tengo en mi despacho a Angel Camacho, de Tenerife. Obtuvo un premio nacional de teatro en... en... —dirigiéndose a mí— ¿dónde fue?*

—*En Alicante— me apresuré a apuntarle.*

—*En Alicante, y he pensado que sería una buena idea que le hicieran una entrevista en los Estudios “Tal”, para la cosa de promoción, ¿comprendes?... .. Entonces, ¿puede ir por ahí?... .. ¿Mañana, a las once? De acuerdo. Un abrazo. —Cuelga.— ¡Resuelto! Mañana a las once te presentas en los Estudios “Tal” y preguntas por el señor X. Van a hacerte una interviú para el programa “Cual”...*

Debo confesar que cuando, unos instantes más tarde, abandoné aquel despacho, lo hice con la convicción de que, a partir del día siguiente, a las once de la mañana, sería famoso en todo el territorio nacional y sus alrededores.

A la hora prevista, me hallaba como un clavo en los Estudios “Tal”, con mi flamante placa de plata debajo del brazo. (El premio en metálico de cien mil pesetas lo había dejado a buen recaudo en una entidad bancaria).

Y fuí recibido por el señor X que, también, muy amable, me sonrió de oreja a oreja.

—*¿Angel Camacho? Pase, pase. Siéntese y espere un momento, por favor.— Me senté y después de esperar un momento de quince minutos, solo, en un despacho parecido al que había visitado en el día anterior, volvió el señor X, para decirme:— Venga conmigo.— Y me condujo a la puerta.— Mire, siga este pasillo, y en la puerta tercera, pasada la segunda y antes de llegar a la cuarta, pregunte por el señor H. El ya está al corriente de todo. Adiós, Camacho. Fue un placer conocerle.*

Y el señor H, el mismo de la puerta tercera, pasada la segunda y antes de llegar a la cuarta, me estrechó la mano muy efusivamente.

—*Mucho gusto, Camacho. Usted viene por lo del fútbol, ¿no?*

—*No, señor —balbuceé—, yo vengo por lo del premio...*

El buen señor H parpadeó confuso.

—*¿El premio?! ¿Qué... qué premio?... ¡Ah, sí, hombre, el premio! ¡Qué cabeza la mía! Entre. Tome asiento... ¿un cigarrillo?... ¿Me perdona? Es sólo unos segundos.*

Se fue y los segundos se convirtieron en otros quince minutos de paciente espera. Lo de hacer esperar quince minutos, ¿sería una costumbre en los Estudios “Tal”?

—*¡Todo arreglado!— exclamó el señor H reapareciendo.— En el segundo piso pregunte por el señor Z. Me volvió a estrechar la mano muy efusivamente.— Encantado de conocerle ¡y mucha suerte!*

Encontré al señor Z en el segundo piso. Y el señor Z me llevó al despacho del señor P, en el tercero izquierda, y el señor P me condujo a la oficina del señor K, en el segundo derecha y el señor K me presentó a un señor bajito y con bigote, que me hizo la entrevista.

2 EN SANTA CRUZ DE TENERIFE

—*¡Ring... ring... ring...!*

—*¿Angel Camacho? —suena una voz afable en el teléfono.*

—*Sí, soy yo —respondo.*

—Aquí... (me citan un Organismo) Hemos leído tu obra, la del premio nacional y nos parece fabulosa. Queremos montarla aquí, en Madrid, en la próxima temporada, con la compañía "Mengana".

Creo que se me puso un nudo en la garganta.

—¿Lo... lo dice... lo dice en serio?

—¡Qué sí, hombre, qué sí! ¡Está decidido! Mándenos veinte ejemplares, ¡en seguida! ¿Vale?

Yo, ¿qué iba a decir?

—¡Vale, vale, vale!

Se suceden semanas de intenso trabajo, pegado a la máquina de escribir; aprovechando el menor tiempo que me dejara libre mis ocupaciones profesionales. Después del multicopista. Llega un momento en que nado en medio de un montón de folios mecanografiados a dos espacios y por una sola cara... Los ordeno... página una... página dos... página tres... cuatro... diez... quince... veintiuna... treinta... ¡Veinte copias, veinte!

¡Uf! ¡Por fin! El trabajo pudo ser remitido en dos paquetes, con un chorro de sellos de franqueo certificado.

¡Viva! ¡Mi obra será estrenada en la Capital de la Nación!

Y los periódicos locales publicaron la noticia.

"UNA OBRA DE ANGEL CAMACHO SERA ESTRENADA EN MADRID POR LA COMPAÑIA MENGANA".

Y pasó un mes... y otro... y otro... y otro...

No puedo contener mi impaciencia y recurro a la conferencia telefónica.

—¿Quién llama? —pregunta una voz conocida.

—Soy Camacho, Angel Camacho —respondo.

Silencio en la otra parte. De repente, un grito de júbilo.

—¡Amigo Camacho! ¿Qué es de tu vida? Por cierto, ¿por qué no me has enviado los ejemplares de la obra que te pedí?

—Pero si los puse en Correos hace... hace...

—Pues, chico, no los he recibido... De todos modos... el caso es... Bueno, verás... parece que... lo que te dije de la próxima temporada... En una palabra, como no se trata de una obra premiada por este Organismo, no va a poderse estrenar...

—Pero ustedes me dijeron...

—Sí, sí, te dijimos, desde luego que te dijimos, pero las normas son las normas, ¿entiendes?

Yo no entendía nada; pero lo veía venir...

—Te aseguro —proseguía la voz— que yo estoy encantado con la obra y que la tenemos en repertorio... Oye, ¿por qué no hablas con M. Es posible que él... ¡Y no te desanimes, hombre, que tarde o temprano!...

Respuesta de M, también a través del aparato telefónico.

—¡Por supuesto que queremos estrenarla. Todos estábamos chiflados por hacerla... Es buena, original... pero... pero... pero...

¡Pero... pero... pero...! ¡PERO PERO PERO! ¡¡PERO!!

La obra no fue estrenada, y los paquetes conteniendo los veinte ejemplares mecanografiados a dos espacios y por una sola cara, me fueron devueltos un día, sin abrir, porque aquellos señores de allá, del otro lado del Atlántico, los de miradas amables, los de sonrisa de oreja a oreja, los de apretones de manos, calurosos y efusivos, ni siquiera se molestaron en retirarlos de las oficinas de Correos...

Todo aquello me llenó de asco y empecé a escribir "La Ejecución".

ANGEL CAMACHO CABRERA